

Parte VII: Crónicas misioneras y conventuales: año tras año hacia un nuevo destino

Escritura recóndita

Anales es denominación que tiene origen en la palabra latina *annus*. Por tanto, los *Anales* son escritos que se refieren a la transcripción compendiosa y seleccionada de los acontecimientos desarrollados en el transcurso de un año. En la organización conventual, tal oficio correspondía al cronólogo (*cronos* y *logos*, términos griegos que unen “tiempo” y “expresión conceptual”). Se presupone que el fraile encargado tuviera un cuaderno de apuntes; y sobre éstos, relatara los sucesos importantes que tuvieron alguna relación con la actividad franciscana. Así, en las páginas de los *Anales*, se da el cruce de los hechos de “dentro para fuera” y de “fuera para adentro”: y esto, por las características de la presencia franciscana en Tarija, que involucraba las responsabilidades civiles y religiosas de las reducciones chaqueñas, el volumen preponderante de la acción eclesial en las regiones del sudeste del país, y su inserción en los condicionantes socio-económicos y políticos, cercanos y lejanos.

Los *Anales* especifican, sin embargo, una particular escritura en el conjunto documental del archivo conventual de San Francisco. Ellos son relatos de informaciones “desde, y en lo doméstico”, que debían precisar la “memoria colectiva” de la comunidad. Prueba de ello es que los *Anales* se siguieron escribiendo también cuando el convento publicaba el periódico *Boletín Antoniano*, con noticias de orden local y nacional. Así es que los unos querían atestiguar el “ser” de la acción franciscana en su continuidad con los avatares de los acontecimientos ciudadanos; y el otro, la formación de una conciencia civil y religiosa. Tan sólo cuando el cronólogo, Padre Manuel Lauroua, por vejez y por la incapacidad del convento de autodeterminarse hacia una proyección más allá del recinto urbano, se remitía a lo señalado en el *Boletín Antoniano*. Tal modalidad surgirá a partir de 1923.

Desde años anteriores, siempre el padre Lauroua, que fue cronólogo desde 1899 a 1936, se había entregado a una obra de más amplitud, ligada a la presencia franciscana en toda Bolivia. La revista *Archivo de la comisaría franciscana de Bolivia* (Tarata, 1909-1922), pondrá en comunicación a las varias zonas de actividad de los franciscanos, para establecer una unidad de acción a nivel nacional. El Padre Manuel Lauroua fue su corresponsal desde Tarija, asumiendo la labor de hacer conocer las vidas de los frailes del Convento de San Francisco. Para la revista *Archivo*, extendió “necrologías”, que lo llevaron a la revisión de la “biografía” de cada uno, cotejando varios documentos. Consideró su obra, suficiente para una publicación específica.

Ahora la pregunta: ¿Por qué tanto escribir de parte de los misioneros? Respondemos. En primer lugar, para hacer conocer lugares lejanos a la

opinión pública. Aquí vale la pena subrayar la distinción entre los escritos misioneros y los de otras plumas, definidos éstos de espíritu laico o sin ojos de religión. La evaluación positiva, que damos a los primeros, es que ellos nacieron de largas convivencias con los pueblos originarios; y además, fruto de una “memoria comunitaria”, que disciplinaba acontecimientos e informaciones. Otro propósito del escribir, fue “predicar” con el lenguaje de la sociedad, haciendo resaltar contradicciones y dicotomías. Finalmente, quisieron subrayar el derecho a hablar, que los llevó a una ideología de “defensa” de sus obrados. Esta última postura nacerá en los momentos de profunda conflictividad social.

Por sentido de responsabilidad cívica, los mismos religiosos de San Francisco, a partir de los años ochenta, asumieron costos y fatigas para hacer conocer la documentación encerrada en el archivo conventual.

Desde los primeros tiempos, aparecieron aportes lingüísticos, crónicas, síntesis históricas, relaciones de viajes, informes económicos y de insurrecciones de pueblos originarios. Algunas publicaciones fueron impresas entre los años 1856 y 1916; el Padre Ceferino Muzzani, en el año 1854, escribió una breve síntesis de la acción misionera del Colegio de Propaganda Fide (“Colegio de la propaganda de los padres menores observantes de Tarija, en la república de Bolivia”, en Amich José, *Compendio histórico de los trabajos, fatigas, sudores y muertes que los ministros evangélicos de la Seráfica Religión que han padecido por la conversión de las almas de los gentiles en las montañas de los Andes, pertenecientes a la Provincia de Perú*, París, 1854); y, en 1884, el Padre Alejandro Corrado expuso una extensa historia de las reducciones chaqueñas. Incluyó en ella, también el momento colonial, publicando el *Manifiesto...* del Padre Comajuncosa; en 1896 el Padre Doroteo Giannecchini editaba, del mismo Padre Alejandro Corrado, el *Catecismo chiriguano-castellano*. En 1916, los Padres S. Romano y H. Cattunar imprimieron el *Diccionario chiriguano-castellano* y *Castellano-Chiriguano* sobre la base del manuscrito del Padre Doroteo Giannecchini. Éste último, en los años de 1883 y 1896, presentó a la opinión pública sus diarios de las expediciones al Pilcomayo: de J. Crevaux, de A. Rivas y de A. Thouar. Ésta última, más allá de lo sucedido, es importante por las descripciones geográficas y poblacionales del Chaco.

Otras obras durmieron más de un siglo en el Archivo Franciscano de Tarija y fueron editadas en estos años; el Padre Bernardino del Pace transcribió y estampó el manuscrito de Mingo de la Concepción M., *Historia de las Misiones Franciscanas de Tarija entre Chiriguanos*, (Tarija, 1981); el Padre Gerardo Maldini reeditó el libro de los Padres A. Comajuncosa y A. Corrado: *El Colegio Franciscano de Tarija y sus Misiones*, (Tarija, 1990); el Padre Lorenzo Calzavarini tradujo del italiano y publicó el manuscrito del Padre D. Giannecchini, *Historia, Geografía, Lingüística del Chaco Boliviano, 1898* (Sucre, 1996). Siempre por interés de los franciscanos, Don Gunnar Mendoza preparó la edición *Guía de fuentes franciscanas en el Archivo y Biblioteca nacionales de Bolivia*, (Sucre, 1994).

En síntesis, entre autores citados arriba, y otros no conocidos, tenemos un listado bastante largo de nombres: Padre Alejo Forcadel, Padre León de Santiago, Padre Ignacio Tubau, Padre Manuel Mingo de la Concepción, Padre Antonio Comajuncosa, Padre Giuseppe Matraya, Padre Ceferino Muzzani, Padre Alejandro Corrado, Padre José Giannelli, Padre Doroteo Giannecchini, Padre Gervasio Costa, Padre Manuel Lauroua, Padre Bernardino de Nino (se conserva un diccionario guaraní de uso personal) y Agustín Manfredi.

Tres escritores de los *Anales*, desde 1879 a 1936

La resolución de escribir los *Anales* correspondió al capítulo conventual del 24 de mayo de 1879. La decisión surgió en obediencia a la Bula *Apostolica Sedes* del Papa Pío IX, del 12 diciembre de 1877, enderezada a los Colegios de Propaganda Fide. Por tanto, “se mandó formar un libro con el título de *Anales del Colegio*, en el que el cronólogo del mismo apuntase lo que actualmente ocurriere, bien sea en la Comunidad, bien sea en las Misiones, con la obligación de presentar, todos los años, dichos apuntes al Discretorio para que puedan archivar y sirvan más adelante a la confección de la historia”.



Tal presentación se debió a la pluma del Padre Alejandro Corrado, que fue el encargado desde el inicio, hasta 1884. La distinción entre crónica e historia la podemos entender desde el método de escritura del mismo cronólogo, Padre Alejandro Corrado. A él también debemos la publicación, a los pocos años, de la obra *El Colegio franciscano de Tarija y sus misiones* (Quaracchi, 1884). El manuscrito lo había terminado el 3 de junio de 1883. Su historia llegaba hasta el año 1882, con las últimas páginas dedicadas a la expedición de J. Crevaux. Los “Apéndices”, que añadió al texto original, no están en el manuscrito MS 13, del Archivo Franciscano de Tarija. Habiendo escrito los *Anales* desde 1879, quedan tres años de comunión entre el cronólogo y el historiador; lo que nos permite aclarar lo específico de los dos oficios.

El cronólogo es transcriptor de “hechos”; mientras que el historiador, relacionando y analizando tiempos, puede valorar la vigencia de “acontecimientos” en el transcurrir de los años. Por eso, el Padre Corrado, en su libro, descarta “hechos”, que no lograron una dimensión de continuidad en su historia de las misiones del Colegio de Propaganda Fide. No refirió lo que,

Vista de la ciudad de Tarija. A la derecha: colegio de la Tercera Orden Franciscana, antes de la construcción de la capilla.



en el año de 1879, se atribuyó a una sanación milagrosa del Papa Pío IX; ni el año de 1880, la reacción de la joven guaraní, que “quiere ir al infierno” con su amante y padrastro, en contra de la exhortación a la confesión, que le hiciera el Padre Conversor, para una religiosa muerte.



En 1885 sucedió al Padre Alejandro Corrado, el Padre Gervasio Costa, que amplió el concepto de los *Anales*, añadiendo las informaciones de la actividad del Colegio de Tarija y manteniendo las de las reducciones chaqueñas (donde más insiste el Padre Corrado) y las de las misiones entre fieles. Otro aspecto de este eximio lector (afirmación del Padre Lauroua) fue el reportar informes y opiniones de la prensa local y nacional para detectar el espíritu de la mentalidad del momento, que correspondía al nacimiento y desarrollo del partido liberal. En aquellos tiempos de cólera, los comentarios a favor y en contra de la acción de los franciscanos de Tarija se multiplicaron. En las contraposiciones, el Padre Gervasio Costa relató siempre, con precisión, las ideas de los contrarios; como con igual claridad redactaba el actuar de los frailes y de los movimientos católicos que lo apoyaban. Escribió hasta el año 1899.

Si el Padre Alejandro Corrado fue el historiador que relataba los hechos con sabor humanístico; el Padre Gervasio Costa escribió en perenne actitud de estudio y de actividad pedagógica. En el año de 1870, se presentó para titularse como profesor de filosofía en los concursos generales de la Orden Franciscana (los que no se realizaron debido a la ocupación violenta de la ciudad de Roma, por parte de las tropas italianas). En el año 1872, llegó a Bolivia. Fue primero, conversor en el Chaco; y por motivos de salud, se retiró al Colegio en 1880, ocupándose de la formación filosófica y teológica de los

candidatos franciscanos al sacerdocio. Fue articulista del *Boletín Antoniano*. A su muerte, dejó inconcluso “un texto de historia patria para las escuelas primarias, después de haber dado a la imprenta otro de *Gramática castellana*”. Hemos hecho referencia a la “biografía” del Padre Gervasio Costa (Cfr. *Memoria de los religiosos de este Apostólico Colegio de Nuestra Señora de los Ángeles de la ciudad de Tarija, 1848*), para aclarar sus virtudes de cronólogo: preciosas anotaciones históricas, bello escribir y coherencia de observaciones desde lo religioso y lo político.



Llegamos al tercer cronólogo, el Padre Manuel Lauroua, quien redactó, entre conflictos, el caminar del Colegio de Propaganda Fide de la Orden franciscana en general y local, de la ciudad de Tarija, y de la nación boliviana. Sabemos, como todos, que estos apartados fueron cambiándose radicalmente en sucesión estrecha de tiempo. El Padre Manuel empezó a escribir en el año 1899, compartiendo, el mismo año, con el Padre Gervasio Costa.

El Padre Lauroua no era persona que se perdiera en juegos de palabras; fue espíritu apologético y expresaba sus verdades según la virulencia de los opositores a la obra de la Iglesia. Su preparación filosófica, cultural y teológica era muy precisa, si bien, no abierta a las innovaciones. Queda firme, sin embargo, que fue lector lúcido de las alternativas que se iban gestando en la sociedad tarijeña y nacional. Por eso, sus anotaciones de cronólogo no se limitaron al universo religioso, conventual y franciscano, sino que se sumergieron en el mundo civil y político. Se debe también afirmar que más allá de su afecto al Convento de San Francisco, fue igualmente claro en tratar vicisitudes de frailes, de eclesiásticos y de laicos. Su redacción unía las capacidades del Padre Alejandro Corrado y las del Padre Gervasio Costa; y las complementaba no tan sólo relatando lo sucedido, sino poniendo siempre un suplemento de atención a las circunstancias. No todos aprobarán la manera de proceder en la afirmación de sus verdades, que son muchas veces subrayadas (lo que no se anotará en la edición). Aclaremos que sus escritos eran prioritariamente de uso exclusivo de la comunidad franciscana; y, posiblemente, existió en él la intención de ser minucioso en todos los hechos para permitir una más adecuada visión en las venideras decisiones conventuales.

Su certeza eran los procesos de descristianización en curso, y que el sustento eclesial debía proceder por refuerzo cultural y teológico. En esto, su apoyo iba hacia la religiosidad popular, por lo cual describía con abundancia de informaciones, la realización de las infraestructuras parroquiales y comunitarias, así como las predicaciones populares. En sumatoria, su lenguaje supo dominar la totalidad de los cambios que se dieron para bien y para mal, en el esfuerzo de la modernización de Bolivia. El cronólogo, Padre Manuel Lauroua, no escatimó su veredicto, lo que en definitiva lo hace simpático a unos y atrevido a otros.

A él, sin embargo, debemos una inmensa labor de revisión y organización de los documentos fundamentales de la historia de los franciscanos de Tarija. También él fue profesor de filosofía y teología de los jóvenes franciscanos. Por algunas afirmaciones suyas, podemos intuir que fue un pedagogo exigente, si aceptó dejar la cátedra debido a las quejas de los frailes estudiantes.

Don Víctor Paz Estenssoro recordaba en los últimos años de su vida, en conversaciones en la casa de San Luis, los momentos de encuentro con el Padre Manuel Lauroua, cuando su abuelo, Don Rosendo Estenssoro, lo

llevaba al convento; allí, ofrecían galletas al niño a cambio de permitir un concierto de violín y canto. El Padre Manuel, decía Don Víctor, tenía una notable voz de bajo.

Para otras realidades eclesiales

Los últimos años de 1800 y el inicio del 1900, marcaron años de grandes incertidumbres en el Colegio de Propaganda Fide de Tarija. Se combinaron los elementos más diversificados en la sociedad, en la cultura, en la política y en la Iglesia. Bajo el empuje del presidente Ismael Montes, se encaminaron las grandes vías de comunicación que unieron a los departamentos, antes alejados entre sí.

En el plano cultural, el abandono de la tradición hispana introdujo la exclusiva visión de los pensadores franceses y la divulgación solitaria de las teorías marxistas. La combinación de ambos, dio el resultado de una falta de complementariedad, enarbolando matices de radicalismo. Evolucionismo y positivismo, en su más estricto sentido biológico, descartaron una reflexión y una creatividad de pensamiento desde el pasado de Bolivia. Trasladado tal debate al reducido espacio de Tarija, las jóvenes élites, ligadas al partido liberal identificaron el pasado con lo obrado por el Colegio de Propaganda Fide: en su visión política, sus responsabilidades en las reducciones, su teología y su cultura, que eran las más representativas en la intelectualidad católica de la ciudad.

El siglo XIX fue desgarrador para la Iglesia. Desde la Revolución Francesa, a la ocupación de Roma por el ejército italiano (1870), y también en los años subsiguientes, las órdenes religiosas fueron víctimas de persecuciones y expulsiones. Ya conocimos los efectos de la política del Presidente Sucre en Bolivia; algo similar pasó en todos los Estados latinoamericanos. España, si bien por razones diferentes, vivió las mismas vicisitudes desde el año 1832; Italia vino después; pasando inmediatamente a Prusia; y nuevamente a Francia, en 1880. Después de la destrucción, se necesitaba, por tanto, emprender una obra de restauración de parte de todas las órdenes religiosas. Los franciscanos tuvieron la suerte de que apareciera, nombrado directamente de la Santa Sede, un gran Ministro General, en la persona del Padre Bernardino de Portogruaro. Su visión unía dos estrategias: la organización conventual y la innovación del Espíritu de la Orden. Para esparcir un alma común, estableció un régimen de comunicación central, fundando el órgano oficial de *Acta Ordinis Minorum*, y creando un centro de estudios generales en Roma, ahora Ateneo Antoniano. Sus mayores éxitos fueron la realización del capítulo general de 1889 y encaminar la unificación de las cuatro familias franciscanas de los observantes, reformados, descalzos y recoletos, que se realizó en 1897, asumiendo la denominación originaria, indicada por San Francisco, de “Orden de los Frailes Menores”.

Los franciscanos de Tarija eran de la familia de los observantes, que en su historia alimentó siempre una especial atención a las misiones y a la predicación, lo que exigía un sólido nivel de estudio. A pesar de las separaciones, el Colegio de Propaganda Fide cobijó frailes pertenecientes a otras ramas, aceptando siempre una dimensión internacional. Las recientes innovaciones de la Orden en nada podían cambiar el trabajo de los hermanos. Siempre fueron presentes en las reducciones chaqueñas, predicaciones populares; y, desde 1895, se extendieron a una profunda labor de intelectualidad, con la edición del *Boletín Antoniano*, la creación de la librería, la escolaridad y obras de caridad.

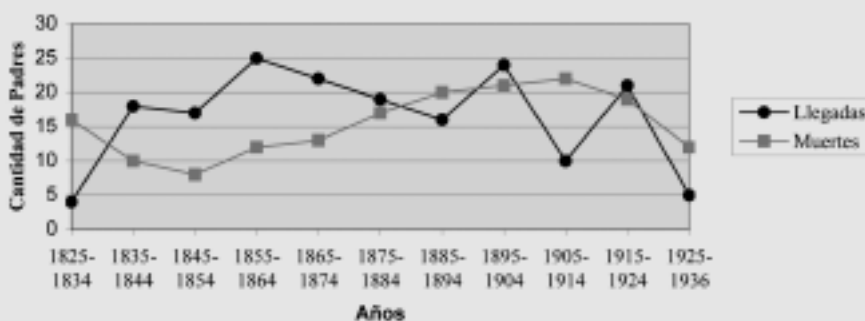
Los cambios, que se hacían urgentes, eran los referidos al contexto eclesial boliviano y a la dimensión de la Orden Franciscana, esparcida en todos los departamentos. Bajo este último aspecto, se necesitaba una mayor unión entre los Colegios de Propaganda Fide de Potosí, La Recoleta de Sucre, La Recoleta de La Paz y Tarata (Cochabamba). Asimismo, urgía la institucionalización jurídica de una Provincia Franciscana boliviana. La intervención del Padre Delegado General, Armando Bahlmann, en los Colegios de Propaganda Fide de Chile, Argentina y Bolivia, que fue normalmente redactada en términos negativos, por la manera de actuar del personaje, tenía precisamente el plan de organizar tres objetivos: relacionar entre sí a los Colegios, fortalecer la Provincia franciscana en cada nación y redefinir el campo misionero. Este último acápite miraba a una nueva organización eclesial en el conjunto de Bolivia. De hecho, las arquidiócesis y diócesis existentes ocupaban espacios inmensos, por lo cual se debía pensar en la multiplicación de las mismas. Además, el proceso de secularización de las misiones, iniciado en las reducciones de San Francisco Solano y San Antonio de la Peña (hoy Villa Montes), obligaba a reconsiderar el contexto territorial de las circunscripciones eclesiásticas.

Frente a tantos cambios, los franciscanos de Tarija se preocuparon, ante todo, del refuerzo de su personal. Si observamos las llegadas, vemos que entre los años 1896 y 1914 fueron bastante consistentes; si bien, más numerosas las muertes o desafilaciones; contaban, además, con individuos de valentía, que se dedicaron con ahínco a la construcción de templos para la posible creación de obispados en Tarija y Chaco.

Llegadas y muertes (o desincorporaciones) de los franciscanos de Tarija, 1875-1936

Años	Llegadas	Muertes
1875-1884	19	17
1885-1894	16	20
1895-1904	24	21
1905-1914	10	22
1915-1924	21	19
1925-1936	5	12
Sin datos	30	15
Total	370	333

Relación general de llegada y muerte 1825-1936



Nueva construcción conventual sobre la calle Ingavi.



La creación de nuevos obispados y vicariatos se dará el 1 de diciembre de 1917, por el Beni; el 22 de mayo de 1919, por Cuevo; y en el año de 1924, por Tarija, juntamente con Potosí y Oruro. Por tales decisiones, la Santa Sede y la Orden Franciscana reorganizaron el plan misionero, confiando a provincias específicas, el campo de las antiguas reducciones. Así fue que los Conventos de Potosí y de Tarija y las zonas chaqueñas, pasaron a relacionarse con la Provincia de San Buenaventura de Florencia, por decreto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide en Roma, del 25 de agosto de 1919. Con esto, se declaraba el cierre de los Colegios y se creaba la nueva entidad franciscana, denominada “Comisaría”. El 11 de noviembre de 1920, fue nombrado el Padre Fernando Ambrosini como su primer responsable, con el título de Comisario Provincial.

El primer obispo del Chaco fue el Padre Hipólito Ulivelli, alumno del ex Colegio de Propaganda Fide, consagrado en Florencia, el 11 de agosto de 1919; y, para Tarija, el cordimariano Padre Ramón María Font, consagrado el 15 de marzo de 1925. Por tal mutación, se perdieron las características de internacionalidad para los nuevos frailes. De los antiguos, la decisión fue personal. Algunos fueron a Salta y Jujuy; otros, quedaron; y entre éstos, el Padre Manuel Lauroua.

Conflictos en Tarija y Bolivia

Sorprende cómo el gobierno de los liberales, desde 1901 a 1911, introdujera tantas innovaciones en las relaciones entre Estado e Iglesia. El instrumento principal de ellas fue, sobre todo, el Presidente Ismael Montes. Además de radicalizar las medidas económicas y legislativas del Presidente Sucre, contra las comunidades religiosas, intervino en los espacios de vida, percibidos normalmente como religiosos. El Padre Manuel Lauroua, anotó la sucesión de las decisiones anticatólicas, midiendo sus dramáticas consecuencias, no tan sólo en el campo religioso propiamente dicho; sino también, en la configuración cultural de Bolivia, y de Tarija en particular. Si bien el cronólogo escribe sin imaginación de futuro, puede él, sin embargo, sopesar un nivel de persecución y condicionamiento de problemas. En 1901, el Padre Manuel, consignando en sus páginas las circunstancias de la excomunión de los escritores de *El Ideal*, y transcribiendo algunos hechos extraños y sorprendentes que se produjeron inmediatamente (muerte imprevista de uno de ellos, y una situación de afasia momentánea de un sacerdote que los consentía), para justificar la anotación del nombre del último, escribió: “Los periódicos no hablaron de tan triste suceso, por respeto y conmiseración con ese pobre sacerdote, bien conocido en esta ciudad, donde ha nacido y tiene parientes respetables. Mas, como esos apuntes, o no verán nunca la luz pública, o será después de muchos años, no creo inconveniente asentar aquí su nombre y apellido...”.

Nosotros pensamos que, en tiempos sucesivos, el Padre Manuel preparó una posible publicación de los *Anales*. Por eso, tituló las páginas de los cronólogos anteriores, que separaban los contenidos, tan sólo con numeración románica; corrigió la totalidad del texto; y, al segundo tomo, puso un índice de contenidos. Con ello, queremos entender que el cronólogo Lauroua percibió la gravedad de los sucesos que iba anotando, y pensó que sus escritos habrían podido ser testigos para la posteridad.



La primera noticia del cambio de las relaciones entre Estado e Iglesia, fue que, el 3 de enero de 1900, se propuso otro *Reglamento de Misiones*, decisión ya anunciada en la Convención Liberal de Oruro, realizada el 29 diciembre de 1899. Allí se proponía, en nombre de la libertad del individuo, el libre comercio con las reducciones, y que los neófitos de ellas estaban sometidos a la prestación vial, no favorecida por los conversores. Se hacía notar que dicha determinación fue encausada por el diputado por Tarija, Honorable señor Nicolás Reyes.

En 1901, en Tarija se produjo la excomunión de los escritores de *El Ideal*, firmada por el Arzobispo Miguel de los Santos Taborga. Su resonancia en la ciudad de Tarija fue grande y provocó la división entre un reducido grupo de intelectuales y la ciudadanía en general. La protección que el gobierno otorgó a los mismos, introduciéndolos en las instituciones del Estado, provocó la larga lucha entre autoridades y Convento de San Francisco. La sucesión de los hechos fue una evidente reacción del pueblo de Tarija en contra de los excomulgados, en razón de sus comportamientos insolentes, como el ir a escuchar los sermones en los templos con lápiz y papel para traducirlos en escritos erróneos y blasfemos; asimismo, organizaron manifestaciones de pocos adeptos, pero con apedreamiento al convento, y sucesivos llamados a la policía, por parte de los frailes. Invocaban libertad y liberación de los

sacramentos, donde conectaban la confesión con la inquisición y con el clericalismo. La sorpresa vino después, cuando uno de los excomulgados, riéndose del hecho, murió repentinamente frente a un plato de carne, en circunstancias de fiesta. Y más, en el mes de septiembre, el sacerdote que manifestó consentimiento para con el médico Leocadio Trigo, el excomulgado, llegó a Padcaya sin habla; y con señas, explicó lo sucedido. Recuperó la palabra después de algunos meses.

La herida, abierta contra los sentimientos religiosos del pueblo, provocó contra-manifestaciones y el malestar siguió entre los dos bandos. Pasó también que, en la inmediata “misión” en San Lorenzo, el señor Alcalde intervino anunciando que su tierra no era tierra de misión, que la moral era dictada por la Alcaldía, y que concedía libre tránsito a los Padres en las calles del pueblo; y no descuidó poner trabas y amenazas en contra de los feligreses. En 1903, la Alcaldía de Tarija intervino en contra de las obras de caridad del Convento y de las hermanas de Santa Ana, queriendo poner impuestos en la actividad religiosa, hasta en las procesiones. En 1904, en la Convención reunida en Oruro, se aprobó los proyectos: 1. Reducción del sueldo del Arzobispo; 2. Prohibición de colectar limosnas o donativos para obras públicas o de beneficencia; 3. Derogamiento del *Reglamento de Misiones*; 4. Laicización de la enseñanza; 5. Expropiación de los conventos; 6. Laicización de los cementerios; 7. Desafuero eclesiástico; 8. Supresión del presupuesto del culto, y necesaria solicitud al Ministerio de Culto para las ordenaciones sacerdotales.

Otras decisiones de ley que surgieron en el año de 1906, fueron: 9. Libertad de culto; 10. Supresión de los delitos contra la religión; y 11. Supresión de fiestas religiosas.

El *Reglamento de Misiones* del 23 de diciembre de 1905, desencadenó lo que Leocadio Trigo, como Prefecto de Tarija, había anunciado a los franciscanos el año anterior: que era necesario trasladar la “soberanía patria” a todos los territorios bolivianos, desde Tarija al Paraguay. Y él fue el escogido por el gobierno para la construcción de la futura ciudad, que anularía las reducciones de San Francisco Solano y de San Antonio del Pilcomayo, causando migraciones a la Argentina; y reduciendo a 4.811, la población, que en 1896 superaba las 8.000 personas. La percepción del cronólogo, Padre Manuel Lauroua, fue que había terminado el régimen de las reducciones; por lo cual, afirmaba que “no se ocupará más de las Misiones” (1906). En largas líneas, extendió su interpretación de los hechos, en que a causa de las pérdidas de territorios, ahora el gobierno ponía su atención hacia el Oriente chaqueño. La secuencia de las determinaciones funcionó, según él, en la siguiente lógica: “Vino después la cuestión de los dos millones de libras esterlinas que Bolivia debe recibir del Brasil por la venta del Acre; y la Cámara de Diputados, convertida en una Babel, no pensó ya en otra cosa, pidiendo cada Diputado, largas erogaciones para su departamento. Por fin, se determinó que esos millones se emplearan en la construcción de ferrocarriles en toda la República.

En seguida, pasaron las Cámaras a Congreso Extraordinario, que fue muy borrascoso y largo, cerrándose el 5 de febrero de 1905, después de haber aprobado el Tratado con Chile; es decir, la venta del Litoral, por 42 votos, contra 30. A favor del Tratado, 5 Senadores y 37 Diputados; en contra, 10 Senadores y 20 Diputados. Los Representantes paceños dieron la mayoría. Hubo protestas en varias partes, principalmente en Potosí, contra los Diputados vende-Patria, que según dícere, habían recibido buenas propinas; mas, el hecho estaba consumado.”



Palacio de Justicia en la ex huerta conventual.

La lucha contra los franciscanos de Tarija y Beni, manejaba mucho la denominación de “extranjeros”. Una interpretación de esto, se puede colegir de la carta que el Concejo Municipal de Tarija escribió el 20 de junio de 1903 al “Señor Vicario Foráneo del Distrito y Párroco de la Iglesia Matriz – Ciudad.” Se le indicaba que debía diferenciarse de las acciones de los sacerdotes del Convento, por ser él, sacerdote nacido en Bolivia; mientras que “los sacerdotes de San Francisco son extranjeros, y poco deben conocer, o poco o importarles, las leyes que rigen entre nosotros; pero de Usted, Señor Vicario, que es un estimable sacerdote, un hombre ilustrado y conocedor de nuestras leyes, en cuyo pecho debe palpitar el sentimiento de la Patria, no es concebible que quisiera oponer resistencia a determinaciones legales”. Las determinaciones aludidas, se referían a la clausura, impuesta por la Alcaldía, de “Los Cepillos”, organización caritativa a favor de los pobres.

Como podemos observar, casi todas las medidas liberales del gobierno central tuvieron rápida aplicación en Tarija. Por su cuenta, además, la Honorable Alcaldía inició una engorrosa disputa acerca de la Calle Colón y Grau (esta última, ahora Ingavi), que habría dividido al complejo conventual. La justificación de tal decisión fue formulada en los siguientes términos: “las calles fueron obstruidas por el Convento de San Francisco para su beneficio, atropellándose por los ministros de Dios los derechos del pueblo, abusando de su estado de fanatismo en que vivían los pobladores y gobernantes del siglo XVIII, a consecuencia de la turbación mental producida por la sugestión”. Tal decisión fue formalizada en el año de 1911. La lucha, lanzada siempre con panfletería y en repetidas demostraciones, siempre por pocas personas, contra los frailes, mostraba que el apoyo popular, y de la ciudadanía en general, era sólido a favor del Convento. El terrorismo jurídico y las decisiones autoritarias del doctor Bernardo Trigo Pacheco, llegaron hasta ordenar la exhumación del cadáver del Padre José María Ciocchetti por una restrictiva interpretación de las leyes, sobre los cementerios. Por tal motivo, los franciscanos recurrieron a la Corte Suprema, instando un juicio criminal contra el señor Bernardo Trigo. Éste, y otros, ya en 1914, “se presentaron como testigos de un acto que no habían presenciado, y de un delito que no se había cometido, con el propósito de causar la muerte civil y moral del Padre Columbano Puccetti” (*Anales*, año de 1914), apoyando la acusación del querellante Hilarión Ruiloba, quien afirmaba que el Padre

Columbano hubiera “abusado deshonesto y escandalosamente de su esposa” (*El Norte*, La Paz). Después de dos días de cárcel, dicho Padre fue conducido por 5.000 personas al templo de San Roque (*La Verdad*, La Paz, 7 y 8 de abril 1914), donde, en la sacristía del mismo, se hubiera realizado el crimen, estando el marido Ruiloba afuera, a la espera de que terminara la confesión de la esposa. El escenario de una mujer enferma, de un varón asomado a la puerta y la mentira de los testigos, muestra que la lógica entre personajes no era principalmente cuestión psicológica, sino maquinación política.

Fuertes en la tormenta

Las acciones, observadas hasta ahora, sufridas y descompuestas, podemos entenderlas como procesos sociales de urbanización en Tarija y regiones del Altiplano. La concentración de personas en un espacio relativamente estrecho obligaba a la condensación y diferenciación de actividades. Asimismo, la ciudad-urbana resultaba ser una fuerza de propulsión, que envolvía en lo suyo a todo el contexto departamental. El conflicto de ideas surgía, también él, del nacimiento y consolidación de nuevos estamentos sociales que se organizaban en función de estrategias de poder, haciendo y deshaciendo alianzas para mantener ventajas o parar desventajas en un escenario siempre cambiante. La agresividad era parte de tales conflictos del querer mantener o cambiar la articulación que se iba asestando en el tiempo. La ciudad se transformó, también, en concentración de servicios que necesitaban mercados, donde el único elemento de intercambio era la moneda. La innovación favorecía a los que, disponiendo de un capital, adquirirían “mercancía” para encarar una ganancia acumulativa con la venta de productos diversificados. Dos nombres sobresalieron en Tarija: Moisés Navajas, de la casa Dorada; y la familia Trigo, por su comercio desde el Litoral. El centro comercial, que crearon, se llamó “Trigo hermanos”.

Asimismo, cambiaba el universo político, que se aglutinaba alrededor de los intereses de vida de la población. Lo más importante será la Carta Magna o la dimensión jurídica de la República, ella misma, sometida a ser reguladora de alternativas de fuerzas socio-económicas. Por tanto, si bien quedaba el universo político de los partidos tradicionales, apareció el avance de los liberales que, a través del apoyo de otras aglomeraciones, normalmente identificadas en la masonería, pasó a una estructura de adeptos, presente en todas las ciudades. Sólo tres escritores laicos de Tarija que alcanzaron renombre nacional, mantuvieron una lúcida actividad positiva hacia el mundo católico: Don Tomás O’ Connor d’ Arlach, Don Luis Paz y don Manuel Othon Jofré (hijo).



El mismo diseño de la “secularización de las Misiones” obedecía al esfuerzo de una urbanización amplia, que buscaba un camino de capitalización de tierras para realizar un fantasioso plan empresarial. De esto no se hablaba, si bien estaba presente en las intenciones de algunas personas. Lo insuficiente fue que las directivas de concentración y expansión dispersaban fuerzas; y además, no eran parte de un proyecto departamental. El Padre Lauroua anoticia de una migración de personas de Caraparí. Él acepta la versión de los hechos dada por el padre Santiago Romano, entonces Prefecto de Misiones, que informaba sobre la migración de familias desde Camatindi. Sin embargo, no relata otra noticia, presente en los diarios del padre Santiago, a quien el

ministro Ballivián escribió al mismo en fecha 17 de enero de 1905, mandándole: “concentre a los habitantes de toda esa circunscripción y anime a radicarse a los inmigrantes que, por corriente natural, afluirán de la frontera argentina y de todas partes, y que encontrarán su más halagüeño bienestar” (A.F.T. M-333). La perspectiva era la de la “ciudad petrolera”, descubierta en Macharetí, que habría provocado una condensación de brazos desde la línea tarijeña (vía Camatindi) y argentina, en contra de las fuerzas presentes que eran los indios. La negación de propiedad para éstos fue decisión del Delegado para vender a los blancos los terrenos ya urbanizados de las dos reducciones.

La postura del padre Santiago Romano, Prefecto de Misiones daba en el blanco cuando sugería construir, sin destruir, las realidades existentes; por lo cual la “ciudad del porvenir” (Villa Montes) habría debido crearse más allá del territorio de San Francisco Solano y San Antonio de la Peña. Sin embargo, Don Leocadio Trigo, Delegado Nacional para tal operación, actuó con la mayor violencia, pensando seguramente que ningún polo “industrial” podía existir sin captación de brazos. Y la organización reduccional ofrecía precisamente un conjunto de personas escolarizadas, aptas para varios trabajos de carpintería y albañilería; y, sobre todo, capaces de una acción colectiva. Su estrategia presupuso, por tanto, un simple hecho de anexión de la red misional, imponiendo condiciones de proletarización a la población local: quitar tierras a los indios para obligarlos a la obediencia del nuevo proyecto.

Ese resultado no se dio, porque se abrieron los espacios agrícolas hacia la Argentina. Lo inconsistente del proyecto provocó la expulsión de la población reduccional que dejó en soledad al señor Leocadio Trigo, que (verdad o no, su acción de contrabandear tierras) lo había declarado, y se declaró, dueño de los títulos de las mismas.



En el capítulo anterior, hemos leído que la justificación de la anexión del territorio reduccional estaba declarada en términos de extender la “soberanía patria” (afirmación de Leocadio Trigo); asimismo, la aclaración del Concejo Municipal de Tarija, que tildaba a los Padres de San Francisco de ser “extranjeros” porque “poco deben saber, o importarles, las leyes que rigen entre nosotros” y que exhortaba al sacerdote, nacido en Bolivia, a no contradecir las decisiones de la Honorable Alcaldía por ser él “hombre ilustrado y conocedor de nuestras leyes, en cuyo pecho debe palpitar el sentimiento de la Patria”. En estos conceptos y expresiones vemos el afianzarse, nuevamente, de la “ideología de patria” que se imponía a la “ideología de nación”; dándose, la primera, el poder de atropellar cualquier derecho y de lanzar acusaciones como si los franciscanos acumularan, con la librería, dinero a favor de los “campesinos italianos”.

Entendemos, por tanto, la línea apologética y de ataque de los *Anales*, asumida firmemente por el Padre Manuel Lauroua. De hecho, en sus páginas, sobresalen dos temas fundamentales: lo que era defensa y la nueva acción de la comunidad de San Francisco, ocupada en la predicación y construcción de templos en las comunidades urbanas y rurales, impulsando la religiosidad popular. Los grandes apóstoles, los Padres Gianneccchini, Lolli, Puccetti, Pífferi, Costa, Piccinini, Santiago Romano, D’ Ambrogi y De Nino, trabajaban según programas de largo alcance. En esto sobrevendrán las diferencias con el clero secular, sin compromisos con las zonas misionales y



Mingo M., *Historia de las misiones franciscanas de Tarija entre chiriguano*, Ed. P. Bernardino del Pace, Tarija, 1996.



Antigua fachada de la Basílica Menor de San Francisco, Tarija.

sin previsión de las emergencias del futuro, al contrario del sacerdote cruceño, José Belisario Santiesteban, Obispo de Santa Cruz en los años 1891-1931. Fue siempre el padre Manuel Lauroua, quien anotaba el prisma de varias iniciativas. Entre misiones a los fieles y contraatacar a la élite dominante, los franciscanos insertaron, desde 1895, las Obras Antonianas, cuyo mérito iba, sobre todo, al Padre Buenaventura Lolli. En la lógica general de éstas, se unían acción cultural, caritativa y religiosa, a pesar de los cambios internos a la Orden Franciscana y las nuevas proyecciones eclesiales que se concretizaron en la creación del Vicariato del Gran Chaco (hoy Cuevo-Camiri), trasformando las reducciones en parroquias.

Las iniciativas de los padres franciscanos, por las adversidades chaqueñas, fue programar separadamente dos líneas de apostolado: la rural, en el Chaco; y la urbana, en Tarija; por lo cual, la afirmación del padre Manuel Lauroua fue la de no escribir más, después de los acontecimientos de Villa Montes, sobre las Misiones. Por tanto, el cuartel general franciscano del sudeste de Bolivia se redujo a la ciudad de Tarija y de aquí llegará a la conexión nacional, con personalidad dinámica y acertadas iniciativas de trabajo.



Desde 1899, se conformaron amplios procesos de modernización del país. El debate nacional y, por tanto, la comprensión que Bolivia tenía de sí misma, se cerró en los aspectos políticos. La acción religiosa, sin ocuparse de poder, debía construir mediaciones que conectaran condiciones de vida y vivencias de la Fe. La experiencia más profunda del sistema reduccional fue la educación escolar e informal, dictada por el complejo global de la reducción. Ya desde el año de 1887, los Terciarios franciscanos de Tarija iniciaron una experiencia de conexión escolar entre reducciones y pobreza, en la periferia de Tarija. Es necesario recordar aquí que el sistema escolar chaqueño era sustentado por las hermanas terciarias, que de nuestra ciudad se trasladaban a las Misiones. Seguramente, estas personas, dedicadas a la vida apostólica desde el universo laical, fueron el sustento de la acción de los franciscanos, también en nuestra ciudad: obras de caridad para los pobres (“Los Cepillos”, el Pan de San Antonio y El Roperero, el todo en comunión con las hermanas de Santa Ana en el Hospital San Juan de Dios), la edición del *Boletín Antoniano* (1895); y, en 1903, la instalación de la librería. En 1912, nació el Colegio Antoniano, que formalizó un currículum escolar completo para la juventud de Tarija; y en 1922, la escuela nocturna para los artesanos; con éstos, se compartió el panteón en el cementerio urbano. La obra, que cerraba todo el círculo caritativo, fue la construcción en 1917, del orfanato “Moisés Navajas”, antes “Antoniano”. El *Boletín Antoniano*, en poco tiempo de edición mensual, pasó a quincenal; y, finalmente, a semanario; y, como tal, fue “decano de la prensa nacional de Bolivia” hasta 1952.

El periodismo fue una experiencia intelectual y de información, y en el cual, toda una ciudad se reconocía por la descripción de los acontecimientos locales, artículos de opinión, noticias de familias, idas y venidas de personajes, vida religiosa y civil, y circunstancias nacionales. Otra iniciativa, con primado mundial en su género, nació con la edición de la *Hoja Dominical* (1938) como acercamiento a las vivencias litúrgicas de la Iglesia Católica. Fue un hecho del año de 1938, que documentamos, porque fue continuidad próxima con los años comprendidos en nuestras ediciones. El mérito se debió al Padre Ignacio Coppedé.

Otro comienzo de nueva continuidad

No hubo continuidad; ésta se plasmó en un nuevo espíritu apostólico después de la destrucción que separó campos de trabajo, antes unidos. Con la imaginativa “ciudad de Villa Montes”, que destruyó la región reduccional, se siguió con otras secularizaciones: de Aguiarenda (1911); San Francisco y San Antonio del Parapetí (1917). Sud y Norte chaqueños fueron rotos con la misma forma de despojo de tierras, contra los pueblos originarios. La creación del Vicariato del Gran Chaco (Cuevo-Camiri) unía a los restos poblacionales, cambiados ahora en parroquias. Esta última alternativa era



Giannecchini D., *Historia, etnografía geográfica, lingüística del Chaco boliviano 1898*, Ed. P. Lorenzo Calzavarini, Sucre, 1996.

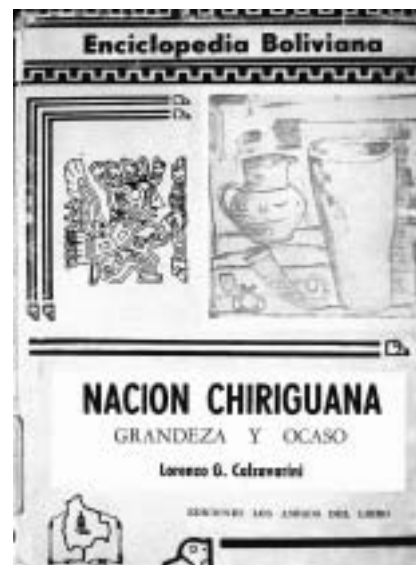
herencia de las anexiones coloniales de los territorios misionales: la expulsión de los Padres Jesuitas (1767), las pretensiones del Gobernador Viedma contra los franciscanos de Tarija y el debilitamiento general de la Iglesia, impuesto por el Presidente Sucre. Los liberales, con Ismael Montes y otros Presidentes, multiplicaron la misma acción política.

La supresión de las reducciones franciscanas encerraba algo más dramático. De hecho, ellas nacieron en atención al pobre. En tal sentido, las hemos presentado como “la tercera vía”: estar entre ellos no por confrontación cultural entre “bárbaros” y “civilizados” ni necesariamente por un afán religioso, sino para dar derecho de ciudadanía y de supervivencia en el esquema de la violencia colonial; franciscanos y pueblos originarios se unieron en una visión política de tolerancia y de organización; y por eso su consistencia secular. La transformación de la región reduccional en diócesis, si no hubiera sido medida contra la agresividad, habría podido conservar sus contenidos de vida. La antigua institución habría mantenido sus características existenciales: feligreses en un territorio establecido, con historicidad colectiva común, ministerios eclesiales y deberes de ciudadanía bien clarificados. La presencia de un Obispo, en lugar del Prefecto de Misiones, otorgaba, además de la recepción de sacerdotes diocesanos, la capacidad de un diálogo más ágil con las autoridades civiles. En tal sentido, fue posible la llegada al Chaco, en 1925, de las hermanas Misioneras del Santísimo Sacramento que, desde el establecimiento escolar femenino en Cuevo y Santa Rosa, se extendieron a otras zonas del Vicariato Apostólico. Se requería, sin embargo, un cambio fundamental de mentalidad jurídica, política y administrativa, declarando una regionalización que explicitara otra forma de derecho de ciudadanía en el Estado boliviano. Ninguna contradicción hubiera existido, manteniendo la división entre acción política y pertenencia religiosa, dentro de la misma reducción, sobre la base de las realidades de la economía agrícola, que ya existía. Todo eso no fue posible por la ocupación de las tierras y la estrategia de anexión (su contrario era la integración por participación). Tal situación era prevista por los franciscanos de Tarija, que propusieron, antes del hecho “secularizante”, la formación parroquial, con división de tierras, a los integrantes de la reducción. Y para tal proyecto, todo terminó al año de 1906, con el Delegado Nacional, don Leocadio Trigo, en las riberas del Pilcomayo.

Sobre las cenizas del universo destruido, empezó otro comienzo. Los frailes, si bien unidos jurídicamente, dividieron los campos de acción: la unidad del Chaco, y los Conventos de Potosí y Tarija. El Chaco era herencia de la actividad de los dos ex Colegios de Propaganda Fide. Para subrayar la unidad, el superior de la entidad “Comisaría”, que unía la autoridad de los dos antiguos Prefectos de Misiones de Propaganda Fide, trasladaba su sede en el Chaco mismo, connotando con su presencia, las zonas más sacrificadas. Allí quedaron los antiguos conversores, asistiendo a la inexorable fuga de sus feligreses que emigraban a la Argentina, y dando a los otros, un sentido de residencia. Fue un proceso de conservación en la indefinición de los tiempos. Mientras tanto, los horizontes de guerra se acercaban, y los condicionamientos del gobierno central eran más apremiantes, por la composición del universo territorial chaqueño, formado principalmente por los guaraníes, que habitaban en los dos países. También los franciscanos, por ser guaraní hablantes, encontraban dificultad de comunicación con sus feligreses.

Por los procesos generales de modernización de la Bolivia altiplánica, con el nacimiento de una aristocracia industrial, apoyada por una clase media de

oficinas, salud pública y escolaridad, se vislumbró el problema del indio. También entre los pueblos originarios se realizó un movimiento piramidal, que se conectaba con el mundo mestizo. Las distancias que se generaron, fueron consideradas por dos grandes escritores: Alcides Arguedas y Franz Tamayo. El primero escribió *Pueblo enfermo*, que era en sí, una denuncia de engranajes malvados, inscritos en la misma estructura social y cultural; y el segundo, con *Pedagogía nacional*, presentaba una teoría, que fundamentaba las raíces de la nacionalidad boliviana en los pueblos originarios. Extrañamente, no aparecen ni se nombran en los manuales de literatura, los documentos escritos por misioneros y otros sacerdotes: Beltrán, sacerdote altiplánico, Corrado, Martarelli, De Nino, Cardús y Pesciotti. Tal olvido no fue debido a razones de bellas letras, sino por no querer considerar, en su especificidad antropológica, a las tantas “naciones” que conformaban el país.



Ligado a la situación chaqueña, el Convento de San Francisco había adquirido notoriedad. En 1892, participó en la exposición de Génova; en 1899, en la de Turín (organizada por el Padre Doroteo Giannecchini, y de mucho éxito); y en la de Búfalo, en Estados Unidos, en 1901. Con el cerrarse de los Colegios de Propaganda Fide, y con el Padre Superior (Comisario) con sede en el Chaco, el Convento continuó prioritariamente en su acción de religiosidad popular urbana y rural. En un sentido un poco diferente, e insistiendo en la escolaridad, el Padre José Zampa, en Potosí, en 1907, fundaba las Escuelas de Cristo y el periódico *La Propaganda*. Localizando su acción en Tarija, los franciscanos consolidaron una centralidad de acción desde su Convento.

En el Convento se cobijaron las Obras Antonianas (*Boletín Antoniano*, librería y actuaciones caritativas); y, en la línea de la Escuela San Francisco, nacerá el Colegio Antoniano, que ofrecerá una completa escolaridad preuniversitaria. Asimismo, el templo, después de su ampliación y con el título de Basílica Menor había quedado tan sólo con sus desnudas arquitecturas. En largos tiempos, se terminaba el proyecto global con obras artísticas, altares (capillas laterales), como también bancos, coro, sacristía, estatuaria y la construcción de un órgano para las liturgias conventuales, en 1922. Al interior del Convento, las preocupaciones iban a la huerta, oficinas, adquisición de libros, archivo y a la edición del *Diccionario Chiriguano-Castellano* y *Castellano-Chiriguano*, preparada por los Padres Santiago Romano y Alfonso María Pucetti (Tarija, 1916). Posteriormente se amplió el ambiente de la biblioteca, el comedor y el salón antoniano. Si bien ya existía la imposición de la ruptura del complejo conventual, con las aberturas de las Calles Colón e Ingavi, la batalla fue vivida entre pleitos, pero sin ceder al pesimismo. Nuevamente se ubicaron, en forma mejor, la tipografía y librería, se amplió el Colegio Antoniano y se resolvió el problema, (siempre provocado por la Alcaldía, por la ley contra los cementerios privados), construyendo un panteón en el cementerio general para los frailes y obreros antonianos, panteón que sustituía el existente en el recinto conventual, defendido por los Padres por su estructura de nichos y no sepulturas bajo tierra.

Tampoco podemos olvidar otras fuerzas, que surgieron alrededor de la acción conventual; ellas eran las congregaciones laicales de la Tercera Orden, los Sagrados Corazones y Juventud Antoniana. Además tres fiestas anuales eran propias del Convento: San Plácido, Santa Paulina y San Antonio.

Calzavarini L., *Nación chiriguana: grandeza y ocaso*, Cochabamba, 1980.

La atención al Convento no disminuyó las actividades para aglutinar a las entidades eclesiales. Construcciones de largos años fueron: el templo de San Roque, en la ciudad; y en campo, las de Tolomosa Grande y Tomayapo. Así resultó el siguiente listado (pensamos incompleto): antes de 1917 se terminaron los templos en las reducciones chaqueñas. Se empezaba con reducidas capillas, y con el aumento de los neófitos (en un promedio de veinte años de tiempo), se pasaba a la construcción de capaces iglesias: Tarairí, Macharetí, Tigüipa, San Francisco Solano, San Antonio de la Peña, Yacuiba, Aguirenda, Caraparí y Chimeo. En 1917, Chaguaya, Padcaya y Livilivi; en 1919, Sella, San Pedro de las Peñas; en 1920, Capillas de Tariquea, Bermejo y mejoramiento de San Lorenzo, Tolomosa Grande, Caiza y Yacuiba; en 1923, restauraciones del atrio de la Iglesia Matriz, Chimeo, Saladillo, Caraparí, Entre Ríos, Concepción, Santa Ana, Suaruro, Ytau, Mecoya y Mendralejo; en 1927, Yunchará, Chocloca, Camarón, Canasmoro, León Cancha y Chayasa (año de 1930). Todas estas obras fueron animadas por las respectivas comunidades y guiadas, sobre todo, por los Padres Nazareno Dimeco, Buenaventura Lolli y Columbano Puccetti.

Ya la guerra entre Paraguay y Bolivia estaba cerca. En tal previsión, en 1931 se inauguraba el camino de Tarija a Villa Montes. Al año siguiente, la resolución judicial a favor de la división del complejo conventual y consiguientes destrozos arquitectónicos. Desde 1932 hasta 1935, los claustros bajos del convento fueron ocupados por los soldados en su ida hacia el Chaco. Y el Colegio Antoniano recibió a 50 huérfanos de guerra, en la que, muchos franciscanos fueron capellanes.

En 1935, el Alcalde Attié compró la huerta, que permitirá a la comunidad franciscana recomponer el nuevo perímetro conventual, construyendo el ala sobre la calle Ingavi, que cerrará el claustro abierto que se prolongaba en la huerta.

La guerra terminó en 1935; y el 25 de mayo de 1936, se puso la primera piedra para recomponer el convento de San Francisco. El Padre Manuel Lauroua, escritor de los *Anales* desde 1899, murió el 16 de diciembre de 1937. En los campos de batalla, los diferentes rostros bolivianos se habían encontrado. Gobiernos militares posteriores (definidos como “militares socialistas”) empujaron hacia la modernización del país, donde artes, literatura y pensadores formalizaron una nueva alma boliviana. Otra etapa histórica había empezado; y en ella, el Convento Franciscano se destacó por el aprecio ciudadano, manteniéndose firme en su labor educativa de formación religiosa y cultural. Los conflictos ideológicos de la modernización se armonizaron en una visión de Tarija laboriosa y de espiritualidad profunda.

